



COMPENDIO DE ELOCUENCIA SAGRADA.

LECCIÓN I.

Necesidad y utilidad de la elocuencia.

1. ¡Qué magnífico dón el de la palabra, que Dios ha concedido al hombre!... No puede darse perfecta idea de su excelencia y absoluta necesidad para el hombre, sér racional, que tiene precisión de expresar sus ideas y sentimientos más ocultos; nadie puede darse bien razón del gran poder de la palabra en manos del hombre. En medio de la oscuridad y tinieblas de la mente, una luz no esperada alumbrá los senos más recónditos de nuestra alma; es la idea reveladora, más veloz que el relámpago, que en un instante nos hace ver inmensos espacios, multitud y variedad de cosas que forman un mundo de bellezas ante nuestros ojos atónitos, ante nuestra imaginación, que produce en un momento las más vivas imágenes que se reproducen incesantemente; entonces quisiéramos hacer brillantes descripciones,

manifestar las profundidades á donde nos conduce el pensamiento, expresar las muchas consecuencias que, como por intuición, vemos en un simple principio, quisiéramos calbargar en esa como electricidad, que en un momento da la vuelta al mundo y más allá del mundo... pero no es posible. Queremos hablar ¡cuán tarda es nuestra lengua! ¡No tenemos palabras para expresar las bellezas que nuestra alma percibe!... Lo percibimos, y no podemos expresarlo debidamente. La torpe lengua no corresponde al vuelo y sublimidad de la inteligencia; la expresión es lánguida, y no puede corresponder á la delicadeza y suavísima inflexión del sentimiento que hace palpar el corazón humano. Los más grandes oradores han tropezado con esta inmensa dificultad; los grandes maestros del lenguaje han reconocido perfectamente la dificultad de una expresión conforme á las ideas que iluminan nuestro espíritu, y á los sentimientos y emociones que se apoderan de nuestro corazón. Faltan palabras que expresen debidamente nuestros conceptos, han dicho los Santos Padres; y notaron á la vez la debilidad de la razón y del lenguaje comparados á la sublimidad de sus ideas, que versaban sobre objetos tan elevados. Existen ideas superiores á nuestro entendimiento, y éste es superior á la palabra, observó San Basilio; y vemos que durante el transcurso de los siglos se han inventado multitud de formas para expresar más á lo vivo una idea, un sentimiento, como que no encontramos muchas veces bastante relación de fuerza y energía entre la palabra y la viveza del sentimiento de que nos hallamos embargados; y si esto nos sucede aún con las ideas que nos son bien conocidas, ¿cuánto más con las que superan á la razón?

2. ¡Cuánto siente tal impotencia el hombre de sentimiento, de cultura intelectual y de corazón ardiente y delicado, y que necesita transmitir sus ideas y sentimientos á las muchedumbres por razón de su ministerio sagrado! El Padre San Agustín era un hombre dotado de estas cualidades; oídle: «Casi siempre me desagrada mi propio lenguaje; pláceme muchas veces el lenguaje interior de mi alma, y me aflijo cuando no correspondo á él con mi lengua: *Contristor linguam meam cordi meo non potuisse*

sufficere.» «Deseo vivamente que mis oyentes entiendan cuanto yo entiendo; mas no lo logro; la luz de la verdad ilustra mi espíritu, pasando con la rapidez del relámpago, y la palabra viene tarda, perezosa y pálida, cuando la idea se ha ocultado ya en los misteriosos senos de mi alma: *Intellectus quasi rapida corruscatione perfundit animum; illa autem loquutio tarda et longa est, longeque dissimilis: et dum ista volvitur jam se illa in secreta sua condidit.*»

3. Con razón, pues, dice el P. Martínez y Sanz, que «aquel que mejor y más naturalmente pueda expresar estas diversas ideas y sentimientos que brotan en el seno misterioso de su alma, y comunicarlas á los demás, posee el dón inapreciable y sublime de la verdadera elocución.»

4. La *elocución* habita más ó menos en todos los hombres, si bien por muchas y diversas circunstancias en unos es inculta, en otros viciada, y en otros está sepultada y en estado latente, bajo el orín del descuido y de la ignorancia, ¡lástima!; pero vienen las reglas del arte, que se llama *retórica*, y rectifican y vuelven su brillo á este dón natural en el hombre, y le hacen observar las bellezas que él no había notado, ó que en su natural descuido no había cultivado.

5. Por esto decimos que la *elocución*, rigurosamente hablando, no es lo mismo que *retórica*, la cual únicamente nos va conduciendo como por la mano á aquélla, y la aparta de lamentables extravíos. Por esto jamás llamaremos *elocuente* al que, oprimido bajo las reglas del arte, no da vuelo á su ingenio y á la espontaneidad de sus afectos, sino que fija únicamente su mirada en tropos, figuras, reglas, flores y adornos, está como metido en un estrecho molde, en donde no se puede rebullir ni menearse; será un buen retórico, pero jamás hombre elocuente. La *elocución* es propiamente la viva expresión del alma en sus ideas y sentimientos, manifestados en la voz y en el gesto, que tienen vida en su propia inflexión y en los movimientos adecuados del cuerpo: la *retórica* la acompaña únicamente como buena maestra para que no desvíe; con sus sabias reglas corrige los extravíos de una imaginación ardiente, los atrevi-

mientos y desmanes de un pensamiento sutil, la afeminación de una sensibilidad la más exquisita, los arrebatos de un corazón fogoso y demasiadamente apasionado, los acentos desagradables de una voz ingrata, la hiel y amargura de un celo imprudente y *non secundum scientiam*, los movimientos desconcertados y descompuestos de un natural sin cultivo y tal vez grosero. Los tropos, figuras y demás adornos en la verdadera y vigorosa elocuencia, no se buscan, sino que ellos mismos se presentan espontáneamente y se vienen á la mano, y entonces, sí, la retórica viene á las mil maravillas para saber desgajar, manejar y saborear este verde y frondoso ramo que se nos presenta del hermoso árbol de la elocuencia, cargado de flores, hojas y bellísimos frutos.

6. Por esto siempre se ha condenado por los amantes de la verdadera elocuencia, que el orador, y sobre todo en el púlpito sagrado, vaya solamente en zaga de flores, adornos y palabras rebuscadas, sin cuidar del fondo; porque esta insustancialidad, por más que se pretende revestirla de bellísimas formas, es un grande artificio de retórica, demasiado manifiesto y sin fondo alguno; y si hay algo de verdad queda ofuscada, cubierta, bajo un montón de flores y adornos, que en ninguna manera satisfacen el espíritu de los oyentes. La verdadera elocuencia es vigorosa, nada tiene de afeminada, y como no se viste sino con los adornos que espontáneamente se le ofrecen á la mano, sin esconder su nervio y vigor, manifiesta toda su majestad, grandeza y poder, y con brazo poderoso sale al encuentro de sus enemigos, fácilmente avasalla sus corazones, eficazmente los rinde, y alcanza sobre ellos las más señaladas victorias.

7. ¡Cuán equivocados van los que dicen que los Apóstoles no tenían verdadera elocuencia, ni los demás hombres apostólicos! Añadamos que la tenían divina. ¿Cómo hubieran rendido tantos corazones? El poder de su palabra era grande: hablaban, instruían, se insinuaban en los corazones; manifestaban el fuego de su alma; exhortaban, increpaban, argüían, conjuraban, apostrofaban, fulminaban rayos; conmovían, aterraban, trastornaban, convertían; su palabra era un rayo que alumbraba los senos del alma; recorría más

veloz que la electricidad todas las fibras del corazón, tocaba todos los afectos, rendía todas las más violentas pasiones, derretía los más duros corazones, nada resistía, todo lo arrastraba... todo un mundo idólatra cayó rendido á sus pies: esta es la verdadera *elocuencia*. No habrá, si quereis, reglas de retórica clásica; ¿qué importa? Era verdadera elocuencia; estaba su palabra animada del Espíritu Santo, quien impedía los defectos que pudieran dañarla. Nosotros estudiamos la *retórica* para impedirlos, á fin de que humanamente hagamos aquello que está de nuestra parte. Esto prueba mejor nuestro aserto, que las flores y adornos que presta la retórica, no son propiamente la elocuencia, sino un conjunto de reglas que nos enseñan cómo hemos de usar debidamente de la elocuencia; y que nosotros hemos de estudiar la retórica precisamente para saber usar bien de la elocuencia, como la usaron los Apóstoles, los Santos Padres y demás varones apostólicos; y entonces predicaremos á Jesucristo crucificado y no á nosotros mismos.

8. Si considerásemos bien todo esto, ¡cuántos temores saldrían de nuestro corazón acerca el modo de emplear los adornos en los discursos sagrados! ¡Cuánta luz tendríamos en muchas dificultades acerca del modo de saber conformar nuestra predicación con la de los Apóstoles! pues, como acabamos de ver, la verdadera elocuencia no es otra cosa que la fiel expresión de nuestras ideas y sentimientos, evitando los defectos de esta expresión por medio del estudio de la *retórica*.

9. ¿Quién no ve, pues, la *necesidad* y *utilidad* de la *retórica*, que nos viene en ayuda de la elocuencia? á la cual, como experimentado pedagogo, le da reglas las más interesantes y necesarias para dos cosas principales: ya para el modo con que ha de salir al campo de batalla con todo su poder, gloria y hermosura, ya también para librarse de tantos defectos que incesantemente la afean en aquellos que no han tenido la dicha de estar bajo la férula de este útil y necesario pedagogo, para contener los lastimosos y á veces irreparables desórdenes y desmanes, que tanto desfiguran y ultrajan la verdadera elocuencia, esta noble facultad de congobernar y transmitir á los demás el fuego, el

sentimiento, la conmoción de que nos hallamos poseídos, que agitan nuestra alma y el fondo de nuestro sér, y en cierto modo nos transforma completamente.

10. Es una desgracia bien grande para un orador, y más para el sagrado, no haber estudiado la retórica, pues fácilmente pasará por alto bellezas incomparables, que están en su propio terreno sin cultivo, y que bien explotadas aprovecharían fácilmente á los demás, y aún serían en provecho propio; pues privados de este estudio tan necesario al predicador, indispensablemente han de cometer muchas faltas en la predicación evangélica, atendido que en nuestro carácter natural, por bueno que sea, siempre hay defectos y faltas que corregir, que desfiguran y afean en gran manera la predicación, cuyas faltas sólo se pueden corregir con el diligente estudio de la *retórica*. Aunque otro provecho no hubiese de este estudio sino corregir los defectos que tan frecuentemente suelen cometerse en la predicación, deberíamos estudiar solícitos la retórica. Defectos que si bien proceden de un terreno que naturalmente produce la elocuencia, mas ésta va envuelta en mucha maleza. Estas espinas, esta broza y tanta maleza hemos de separar y destruir con el estudio de la retórica.

Ved, pues, su *necesidad y utilidad*. Sus principales reglas daremos en este *Compendio de Elocuencia Sagrada*.

LECCIÓN II.

Sus medios: arte, imitación, ejercicio.

11. Algunos definen la *retórica*: el arte de hablar con propiedad, con elegancia y persuasión. Estas tres cualidades lo abrazan todo; pues hay *propiedad*, cuando las palabras se adaptan perfectamente á las ideas y pensamientos, sin admitir cualquier expresión vulgar, ó construcción que no manifieste perfectamente nuestras ideas, de manera que

á la palabra corresponda inmediatamente la cosa. Hay *elegancia*, cuando las gracias del estilo, la naturalidad, la fluidez y pureza del lenguaje se armonizan con las reglas recibidas del bien hablar, y los sentidos del pensamiento. Y hay *persuasión*, cuando el orador dirige sus conatos á la voluntad; como un rayo hiere, doblega el corazón, lo inclina á la práctica, al bien obrar, valiéndose de argumentos sólidos, de fácil comprensión y con método y gradación, sabiéndose imponer por su probidad para que ninguna prevención desfavorable desvirtúe su palabra. Por esto todos los preceptistas convienen en citar á Quintiliano, cuando define al perfecto orador: *Vir bonus dicendi peritus*. Para el logro de lo cual se vale de tres medios: *Arte, imitación, ejercicio*.

12. El hombre se distingue de los animales por la palabra y la razón, enseña el reputado retórico Agustín Valerio, y la retórica se ha inventado con objeto de que por su medio se señale el hombre entre sus semejantes poseyendo tan útil distintivo. Quien comprenda el poder y necesidad de la palabra, y que es llave misteriosa de comunicación entre los corazones y bastante para persuadir aún al más rebelde, ¿cómo podrá mirar con indiferencia un arte que imprime al discurso un carácter propio, mucho más siendo predicador de la divina palabra? No podemos dudar que la elocuencia fué antes que la retórica, porque la primera como á materia recibió su forma, perfección y hermosura por la segunda, formando un todo compacto y homogéneo.

13. No es tan difícil resolver si es la naturaleza ó el arte lo que más contribuye á la elocuencia, pues vemos que la naturaleza siempre puede hacer *algo* sin el arte, mientras que éste no puede hacer *nada* sin la naturaleza; «pero si ambas se juntan, aunque en mediano grado, dice Quintiliano, siempre diré que la naturaleza contribuye más. No obstante, si el orador es consumado, antes lo debe á la instrucción y al arte que á la naturaleza; semejante á la tierra, que, si es estéril, de nada le aprovechará su labor, pero si es fecunda por naturaleza, podemos esperar algún fruto aunque le falte el cultivo; y cuando sobre ser fecunda se le junta el cultivo, éste servirá de mucho más que su fecun-

didad natural.» El orador romano también decía: «Cuando el arte se agrega á la naturaleza, hace prodigios.» Y no hay duda que aquella grande elocuencia del orador griego la debía él á sus poderosos esfuerzos en el arte; pero no es menos cierto que aquella naturaleza era rica de sí misma en vigorosos sentimientos, y delicadas y profundas concepciones de su inteligencia.

14. No olvidemos, pues, que el *arte* es sólo un auxiliar, aunque poderoso, de la elocuencia, y no cosa distinta de la naturaleza, como al parecer piensan algunos jóvenes. Fácilmente los jóvenes son propensos á considerar el arte como cosa harto distinta de la naturaleza, y aun á preferirlo á ésta, originándose de aquí la falta de naturalidad, y grande afectación en los discursos, cuando el arte viene simplemente á ayudar y corregir los defectos de la naturaleza sin trastornarla, y esto es de suma importancia, puesto que en las dotes de imitación la naturaleza tiene sobre el arte una indisputable preferencia. La elocuencia ya existía y animaba la voz de elocuentes oradores, mucho antes que su arte se redactara; ella ya prestaba sus armoniosos y robustos acentos, cuyo estudio debía formular más tarde las preciosas reglas del *arte* del bien decir, de hablar *elocuentemente*. Jamás, pues, la elocuencia pudo haber nacido del arte; fué todo lo contrario: «El arte fué, dice San Agustín, el que nació de la elocuencia.» En nada intentamos rebajar el arte, ni menos con él mostrarnos esquivos: damos la preferencia y prerrogativas principales á la naturaleza, y nada más; queremos que se evite un error tan trascendental, y atendamos á cultivar nuestro propio natural ayudado del arte: y entonces, sí, éste nos es sumamente recomendable por los Santos Padres y Maestros de Elocuencia sagrada, nos obliga nuestro sagrado ministerio al estudio de un *arte* tan precioso, útil y necesario. Entendido así el arte como á utilísimo auxiliar de la elocuencia, mas no como á su principal, no vemos razón para que algunos teman que las reglas del arte, llamando demasiado la atención del predicador, puedan embarazarle en aquella libertad de espíritu tan necesaria para la verdadera elocuencia; esto no puede ser: las reglas del arte no hacen otra cosa que facilitar el tra-

bajo al orador, hasta formar un hábito, saliendo de aquel impedimento en que se encuentran sus pies; llegará el joven á desembarazarse de los obstáculos, á medida que vaya poseyendo y perfeccionándose en el arte. «Llegará tiempo, dice San Agustín, en que las reglas faciliten sus adelantos, y sea elocuente sin pensarlo, ni aún reflexionar sobre los preceptos del arte.» Así como cuando hablamos ó escribimos, por la misma facilidad y costumbre que tenemos, ya no necesitamos buscar letras ni sílabas. O, según la feliz comparación del P. Granada, como aquel que aprende á tocar la vihuela, que al principio mira con cuidado en donde ha de poner los dedos, mas después que ya ha adquirido el hábito de tocar, recorre con facilidad los dedos por las cuerdas sin advertirlo.

15. No deja de ser un especioso pretexto de la ignorancia, malicia ó sencillez el pensar que los que predicán el Santo Evangelio deben desechar la elocuencia, pues puede provenir de la pereza ó aversión al estudio, ó bien de no reflexionar en qué consiste la naturaleza de la elocuencia y sencillez del Evangelio. Porque es claro que si por elocuencia entienden una estéril locuacidad, ó el arte de engañar, tendrían razón en detestarla, pues á lo primero llama San Jerónimo *charlataneria*, y á lo segundo denomina San Agustín *s sofistaria*, y entonces sí que los charlatanes y sofistas profanan el Santo Evangelio. Y así, pues, aquel texto de San Pablo en que nos manifiesta su sencillez al anunciar la divina palabra: «No vine con sublimidad de palabra ni sabiduría á anunciaros el testimonio de Cristo. Aunque toco en el lenguaje, mas no en el saber,» no quiere decir que no manifestase con arrebatadora elocuencia la palabra de Dios en el estilo que convenía á la clase de oyentes que le escuchaban, pues el presidente Félix, oyendo las terribles verdades del juicio, le dice aterrado: «Por poco, me persuades;» sino que evitaba superfluidades, flores mundanas y profundidades de doctrina que no hubieran comprendido, y también por humillarse ante muchos pretendidos sabios, que con la mayor curiosidad de todo disputaban con enigmas y palabras rebuscadas: *Prurientes auribus*. Aunque bien podemos dar también otra razón de San Jerónimo;

dice el Santo: «Siempre he venerado la santa sencillez; pero el que quiera imitar en la predicación el lenguaje sencillo de los Apóstoles, que comience por imitar su vida y por hacer milagros como los hacían aquellos varones, en quienes la santidad cubría la sencillez, y los cuales deshacían los sofismas resucitando muertos.» Y Dios hacía estos milagros para que la conversión del mundo no se atribuyese á la sabiduría humana, tapando con esto la boca á todos los incrédulos presentes y futuros, según San Crisóstomo.

16. Vemos cómo los Santos Padres ejercitaron este provechósimo arte para bien de las almas, y cualquiera que se fije singularmente en las obras de San Gregorio Nacianceno, San Basilio y San Juan Damasceno, entre los griegos, y San Cipriano, San Agustín, San Jerónimo, entre los latinos, verá que estos y muchos otros Santos Padres y Doctores de la Iglesia no se desdenaron de emplear el arte retórico hasta formar aquella elocuencia poderosa que avasalla los corazones. Estudiemos, profundicemos estas obras, y nos extasiaremos ante tan expertos maestros en el arte de la elocuencia cristiana.

17. Ya con esto acabamos de indicar el otro medio de perfeccionarnos en la elocuencia: *la imitación*. Los pensamientos, las imágenes, el estilo, el plan del discurso, las palabras de otro, todo se convierte en sustancia propia. Es una verdadera dicha formarse en buenos modelos, pues se ponen en práctica los mejores preceptos de oratoria: siente el corazón, el alma se eleva, se inflama la imaginación, y brotan en el fondo de nuestro sér los sentimientos más delicados. Allí se observa cómo los grandes oradores trataron las materias, el giro que les dieron, las figuras, las frases que emplearon, y el novel orador, por medio de una prudente imitación, enriquece sus talentos con el caudal de tantas bellezas oratorias que distinguidos oradores le legaron. Y así este caudal ha ido aumentando, y el *arte* perfeccionándose de día en día, con esta *imitación* y continuo uso ó *ejercicio*. Pues el *ejercicio* de esta noble facultad es el tercer medio para perfeccionarse. El continuo ejercicio de la predicación forma los grandes oradores, porque á medida que ejercitan lo que en teoría aprendieron, ven en

la práctica los defectos que tienen. Ser perfecto orador en todas sus partes es muy difícil, y por esto hay oradores que saben muy bien las reglas, y al ponerlas en práctica cometen muchas faltas: orador habrá que tiene pureza de lenguaje, y le falta movimiento oratorio; otro será notable en el lenguaje de acción, y será defectuoso en la claridad de ideas, en la elección de las palabras, y así, encontrar orador que sea perfecto en todos los números de la oratoria, es bastante difícil, y por esto con el continuo *ejercicio* pueden corregirse las faltas y alcanzarse más ó menos la perfección de la elocuencia. Y así, persuádanse los jóvenes que el *ejercicio* de la elocuencia, mientras ellos pongan todo su conato en alcanzarla, tarde ó temprano les hará poseedores de ella. Los tres medios, pues, indicados, á saber: *Arte, imitación y ejercicio*, constituyen poderosamente el perfeccionamiento de la elocuencia.

18. Nos place por ahora decir con un escritor, citado por Sánchez: «Si después de un estudio reflexivo de los mejores modelos, y un ejercicio continuo de componer y de comparar vuestros débiles ensayos con la perfección de los originales, llegais á ser señor de vuestras palabras y de vuestros pensamientos; si de los muchos pensamientos que concibe vuestro corazón sabeis tomar unos y dejar otros; si sabeis acomodar el discurso á las personas, al lugar, al asunto, con sencillez sin bajeza, gracioso sin artificio, sublime sin hinchazón, si sois eficaz, alentado, grande; si no sois impertinente, desmayado, pueril, grosero, *sois orador.*»

LECCIÓN III.

Sus fines: instruir, deleitar, conmover.

19. Tres son los fines de la retórica: *enseñar, deleitar y conmover*. Todo el artificio de la retórica á esto se reduce; cualquier de estos tres fines que falte queda manca la predicación, porque si falta la *instrucción* en el discurso,

el auditorio no sale de su ignorancia, ni puede saber sus obligaciones; si no se procura *deleitar*, el auditorio oye con tedio, con disgusto, pronto se cansa; y si falta la *conmoción*, los pecadores quedan endurecidos en sus mismos pecados, y los pueblos encenagados en sus vicios. Los predicadores que han sabido llenar estas tres condiciones han arrastrado en pos de sí las muchedumbres llenas de entusiasmo, con su palabra elocuente. Mas sería temeridad pretender estos efectos sin el estudio de las reglas, á no suponer dotes extraordinarios, ó la inspiración de lo alto. No puede, pues, mirarse con indiferencia cosa de cuya ignorancia pueden resultar tantos males, y de cuyo estudio tantos bienes para la salvación de las almas. Y si tanto afán se pone para los intereses del mundo, ¿por qué no lo pondremos para este divino arte de salvar las almas, como lo han llamado los Santos Padres? Descendamos, pues, á estos tres puntos.

20. 1.º **Instruir.** El hombre se guía por la razón, y ésta es el centro de todas las operaciones en el sér intelectual; y en cuanto hombre el raciocinio es su primera operación. Por esto dijo San Agustín: *Docere necessitatis est*, porque de este primer resorte de la inteligencia se van efectuando las operaciones de las demás facultades. De aquí es que antes de todo la predicación ha de ser instructiva si ha de ser eficaz, útil y provechosa, y corresponder á los altos destinos de su divina misión. La instrucción es la base de los grandes movimientos oratorios, y que da apoyo y solidez á los grandes rasgos, á las magníficas expresiones y á las brillantes figuras: si ella falta, el discurso viene á ser insustancial, falto de fondo; las más escogidas frases una palabrería; las grandes figuras una extravagancia, un despropósito, y los grandes movimientos oratorios una comedia. La sólida instrucción, las grandes verdades, llenan el sér del orador, que fluyen por sí mismas como rebosando de aquella plenitud las palabras más adecuadas, y las figuras sin ninguna violencia. Horacio formuló toda esta doctrina en esta sentencia: *Scribendi recte sapere est principium et fons.* (Art. poet.).

21. Dice Cicerón: *Una res præ nobis est ferenda ut*

nihil aliud nisi docere videamur. Es decir, que de tal manera ha de ser nuestro discurso, que parezca que sólo intentamos instruir, esto es, que la instrucción forme el fondo del discurso, pues de ahí irá brotando todo lo demás que intentamos, pues la inteligencia habla al corazón. Y ved la comparación tan adecuada que pone el mismo orador: «Instruid á fondo á los oyentes, dice, acerca del punto de que se trata: desenvolver y hacer resaltar las verdades que han de encaminarlos á la virtud, es lo que en realidad forma el cuerpo del discurso: las otras partes de la elocuencia, que consisten en *agradar* y *mover*, no deben intervenir en él sino como la sangre en las venas, diseminadas y como circulando en cierto modo en el cuerpo de la instrucción: *Sicuti sanguis in corporibus, sic illæ in orationibus fuisse esse debebunt.*» Esta comparación de Cicerón es tan adecuada, que los preceptistas no han dejado de recordarla.

22. Decir cosas sin substancia no alimenta el espíritu; lo deja vacío: mas hablar de cosas útiles siempre es resultado de la sabiduría, y produce consecuencias saludables que tarde ó temprano producen sus frutos, lo que no resultaría si faltara la debida ciencia y raciocinio, que son el nutrido alimento de la humana razón. «Nada desdora más, dice el erudito escritor Capmany, el lustre y la autoridad de la elocuencia, como estos discursos tan vacíos de ideas como de sentido y razón... Para poseer la gracia de la elocución y la alteza de las ideas es menester juntar, como Platón, el arte de decir y el de pensar.» No es posible que tenga base sólida la elocuencia sin la instrucción. Si con tiempo no se han preparado los arranques oratorios, cogen de improviso, y faltos de apoyo no producen ningún resultado. No serán más que vanas declamaciones, brillo fantástico de un momento, violencias y juegos de una imaginación exaltada, cosas todas que hasta podrán hacer sospechar poca cordura en el orador. Estos excesos, según Cicerón, vienen á ser como arrebatos de un hombre ebrio entre oyentes en ayunas: *Vinolentus inter sobrios.* Estos relumbrones son vanos y fuera de propósito, no se han producido en fuerza de las cosas mismas que lo pidan, y por tanto no dan buen resultado, y colocan al orador sobre un falso terreno. Esos